
 TRIBUTO

HOMENAJE DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
 DE LA UNIVERSIDAD DEL SALVADOR
 A SU MAESTRO, PROF. DR. ARTURO BERENGUER CARISOMO,
 PARROQUIANO ILUSTRE DEL GRAN CAFÉ TORTONI

26 DE OCTUBRE DE 2008, DÍA DE LOS CAFÉS DE BUENOS AIRES

Palabras pronunciadas por el Lic. Miguel Ángel Núñez Cortés, en representación de los graduados de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Salvador, el lunes 27 de octubre de 2008 en el acto académico que se realizó en el Salón "Alfonsina Storni" del Gran Café "Tortoni".

Con motivo de celebrarse el 26 de octubre el Día de los Cafés de Buenos Aires (de acuerdo con la Ley CABA. N.º 511/2000), las Autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras de la USAL descubrieron una placa en homenaje a su Maestro. La cerámica que quedó fijada en la fachada del "Tortoni", Av. de Mayo 829, dice:

EL QUERIDO TORTONI, QUE TANTAS VECES DIO HOSPEDAJE A GRANDES ARTISTAS,
 A MÍ -TAN MODESTO- REFUGIO PARA ESCRIBIR EN SUS MESAS DE ORO.

ARTURO BERENGUER CARISOMO

Autoridades, señoras, señores:

Vengo en representación de los graduados de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Salvador, de

aquellos que cursaron sus estudios cada noche en las aulas del centenario Colegio del Salvador, amparados por la majestuosidad de las palmeras, vivificados por el simbolismo

del *Ichthus* –acróstico liminar del cristianismo– de su fuente del primer patio, aquellos jóvenes, decíamos, que vivieron en fraterna convivencia universitaria iluminados por las enseñanzas de los hijos de Ignacio, los Padres de la Sociedad de Jesús.

Hace cincuenta años, directivos, profesores y alumnos de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador rindieron homenaje al Gran Café Tortoni en sus cien años de vida, dejando en una placa, cual hito, unos versos de Baldomero Fernández Moreno.

En nombre de aquellos y de nosotros, hijos todos de la Universidad del Salvador y de su Facultad de Historia y Letras –hoy de Filosofía y Letras– nos convocamos para celebrar los 150 años de este signo distintivo de Buenos Aires, recordando a Don Arturo Berenguer Carisomo, en su doble pero inseparable papel de insigne maestro, distinguido profesor, ilustre hombre de letras y también de habitual

parroquiano de estas mesas de oro.

Tenemos la certeza de que se trata de un verdadero “... acto humano, por estar realizado consciente y libremente”, pues así nos lo puntualiza el inolvidable Padre Ismael Quiles desde las páginas de su libro *Cómo ser sí mismo*.

Decía a sus jesuitas Ignacio de Loyola en 1539, luego de pasar por octava vez su examen de ortodoxia: “Nunca andaremos inquietos mientras se nos llame indoctos, rudos, ignorantes del buen decir, y lo mismo si nos tachan de malos, de engañadores, de inestables; pero nos causaría dolor si no considerasen sana la doctrina que predicamos o malo el camino que seguimos”. Doctrina y camino. Y agrega Ignacio: “Ninguno de los dos es nuestro, sino de Cristo y de su Iglesia”.

Por intentar siempre tener sana la doctrina y bueno el camino nos volvemos a reunir – como sucedió antes– para rendirle homenaje a esta Casa que supo cobijar la delicadeza del

pensamiento, la intuición de la poesía, pero también la posturas encontradas, los pensamientos opuestos, la tensión entre las ideas. Y es el hombre mismo, el que más allá del músculo y del esfuerzo se ha presentado aquí con el poder de su inteligencia, de su sensibilidad y también de sus discrepancias.

Insertados en el mundo, como quería Ignacio, venimos a ratificar el sentido en acto de lo que hicieron nuestros predecesores hace cincuenta años.

Don Berenguer Carisomo estuvo aquí y si sus colegas, alumnos y amigos vuelven a estar hoy, es indudable que — como decía Ignacio de Loyola— la doctrina ha seguido siendo sana y bueno el camino. Continuidad en el sendero de la vida.

Permítaseme algún comentario sobre Berenguer Carisomo a partir de su entrañable afecto a la enseñanza y a su profesión de maestro, manifestado en su explícita dedicación a sus jóvenes estudiantes.

Tomo de su *Antología Argentina Contemporánea* dos aspectos imperdibles. Nos dice con toda sencillez en la "Introducción": "... dado su primordial destino escolar, no pretende alcanzar esta Antología el rango de erudita, sino que queremos ponerla simplemente al alcance de los jóvenes". Vaya humildad, viniendo de quien venía.

Y más adelante nos anuncia con el convencimiento de un hombre de fe —y con fe en el hombre— que: "Es legítimo pensar que el avance brutal de la técnica conspira contra la obra pura del espíritu, pero como este es inmarcesible retornará de nuevo cuando esta técnica deje de ser mecánica para transformarse, como fatalmente ocurrirá, en la conquista de un ideal nuevo y superior de belleza y bondad".

Imposible negar la unión entre este pensamiento y los pensamientos, esperanzas y nuevos amaneceres soñados por los que se reunían en este Gran Café Tortoni de quien Baldomero dijera alguna vez:

A pesar de la lluvia yo he salido a tomar un café. Estoy sentado bajo el toldo tirante y empapado de este viejo Tortoni conocido.

Y aquí estamos, en el mismo lugar de Baldomero Fernández, de Arturo Berenguer y de otros tantos centenares que pasaron por sus mesas y su estaño.

Nos queda una pregunta: ¿dónde están los herederos de esos hombres que hicieron brillar una parte de las Letras de nuestro país? Yo creo, es más, estoy convencido de que siguen aquí adentro, ya no reunidos, pues han cambiado las formas, las maneras sociales, pero sí escribiendo quizás en soledad, pensando, imaginando, en pos de "... la conquista de un ideal nuevo y superior de belleza y bondad", al decir de Berenguer Carisomo.

Desde la mirada propia de nuestra Universidad del Salvador, con sus claustros empapados por la vida, las enseñanzas y el testimonio de vida de Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, por

demos decir: "Señor, no habéis odiado nada de los que habéis hecho". ¿Cómo no amar entonces al Tortoni, a Buenos Aires, a esta Avenida, a su gente? "Si el brazo de Dios no está encogido es por que el nuestro lo prolonga", nos agregaría a modo de comentario un ilustre jesuita ya fallecido.

Y en eso estamos precisamente aquí, a cincuenta años de aquella otra celebración y a diez años del fallecimiento de Berenguer, "... pues sana ha sido la doctrina y bueno el camino elegido".

Concluimos estas líneas reconociendo, anhelando y comprometiéndonos:

Reconociendo a Don Arturo Berenguer Carisomo, como maestro inolvidable, humanista puro y sencillo, profesor profundo.

Anhelando que el Gran Café Tortoni siga arrojando sueños, creando esperanzas, dando frutos en sus mesas de oro.

Comprometiéndonos a volver —pero ya en otros— dentro de cincuenta años.